

LXXX
PREPARATIVOS PARA EL ASALTO
DE PUEBLA

1o. de Abril de 1867

Márquez salió de Querétaro con 1,209 caballos el 22 de marzo de 1867, y tomando el camino de la Sierra se dirigió a la ciudad de México sin encontrar gran resistencia en el camino. Vino nombrado lugarteniente del Imperio con amplias facultades de Maximiliano y con el objeto principal de obtener en la capital recursos pecuniarios y elementos de guerra, y volver con una fuerza respetable a Querétaro para levantar el sitio. Lo acompañó Don Santiago Vidaurri, nombrado por Maximiliano Jefe del Gabinete y Ministro de Hacienda. Llegó a la ciudad de México el 27 de marzo, en momentos en que se recibía del General Noriega, jefe de las fuerzas sitiadas en Puebla, una comunicación en que hacía presente que no podría sostener por mucho tiempo el sitio, y solicitaba auxilios. Márquez organizó una expedición de cosa de 4,000 hombres de caballería, infantería y artillería, entre los cuales había varios cuerpos extranjeros, y se dirigió sobre Puebla. En los Llanos de Apam recibió la noticia de que había yo tomado a Puebla, pero que los cerros de Loreto y Guadalupe se conservaban en poder de los traidores y que esperaban su auxilio. Con este objeto siguió para Huamantla, y como entre tanto se rindieron los cerros, me fué posible ir a atacarlo sin dejar ya enemigo a la retaguardia.

En la noche del 30 de marzo de 1867, el mismo día en que

Márquez había salido de México, estando el sitio de Puebla en el estado que acabo de referir, recibí un parte del General Leyva que se encontraba en Tlalpam con dos mil hombres de infantería y caballería, en que me avisaba que don Leonardo Márquez, procedente del sitio de Querétaro, había llegado a México; que había organizado en la capital una columna de más de 4,000 hombres y que con ella había emprendido su marcha hasta San Cristóbal Ecatepec. Como de dicho punto podía marchar lo mismo en protección de los sitiados de Querétaro que de los de Puebla, mandé que lo observaran y me dieran parte diariamente de los movimientos que hiciera.

Había yo mandado establecer un telégrafo militar por la cuesta de Río Frío hasta Tlalpam, y otro hasta Apizaco para tener comunicación fácil y violenta con las distintas fuerzas que estaban a mis órdenes. Además, tenía en Apizaco una locomotora con el objeto de observar al enemigo y recibir noticias exactas de sus movimientos. Cuando por telégrafo se me avisó, el 31 de marzo, que Márquez seguía su marcha por la vía de los Llanos de Apam, lo cual indicaba bien que su punto objetivo era Puebla, me decidí a asaltar la plaza y empecé a sacar todos mis enfermos, heridos y bagajes rumbo a Tehuacán, con objeto de ponerlos a salvo, en caso de que mi asalto tuviera mal éxito; pero sin decir a nadie cuál era mi propósito, por cuyo motivo todo mi trabajo preliminar fué interpretado por amigos y enemigos, como preparativos de retirada que se suponía con seguridad sería hacia el rumbo de Tehuacán y Oaxaca.

No podía hacer trabajos preliminares para el asalto sin declarar mi intención; y en consecuencia nada hice que pudiera interpretarse en ese sentido hasta bien entrada la noche del 1o. de abril, pues si mis propios soldados hubieran tenido noticia de mi propósito, habría fracasado por completo.

Cuando ya no era posible ocultarlo por más tiempo porque llegaba el momento de su ejecución, lo comuniqué al General Don Ignacio R. Alatorre que me servía de Cuartel Maestro, y le ordené citara para una junta a todos los jefes en quienes me había yo fijado para el mando de las columnas que debían asaltar, cita que tuvo lugar en una casa que estaba en el centro de las líneas, a fin de que cada jefe no se alejaría mucho del lugar que le estaba encomendado.

Así se efectuó y sobre el plano de la ciudad prevenimos verbalmente a cada uno, yo y el Cuartel Maestro, las opera-

ciones que tenían que practicar, señalando a cada jefe la fuerza de que debía constar su columna de asalto, la trinchera que debía asaltar, y la puerta o puertas que debía desatrincherar para hacer por allí su salida.

Ninguna columna salía a una distancia mayor de cien metros de la trinchera que debía atacar y algunas salían a menos de cincuenta.

El perímetro reatrincherado del enemigo tenía una forma elíptica casi parabólica, cuyo diámetro mayor se extendía de Sur a Norte. En consecuencia, el convento del Carmen era uno de los puntos más distantes de la plaza, y esa circunstancia me sugirió la idea de hacer sobre él un ataque falso que llamara fuertemente la atención del enemigo e hiciera concurrir en su protección a la mayor parte o a todas las columnas de reserva.

Determiné la formación de 17 columnas de asalto con el propósito de emplear tres de ellas como ataque falso y sucesivamente sobre el Carmen, y con ese objeto saqué luego que entró la noche, toda la artillería que estaba distribuida en nuestra línea de aproches y la establecí pasajeramente sobre las trincheras del Carmen que hacían sus fuegos al Sur.

Las tres columnas de ataque falso sobre Puebla estaban mandadas: la 1a. primera por el Teniente Coronel Jesús Figueroa, la 2a. por el General Eutimio Pinzón y la 3a. por el General Luis Pérez Figueroa.

Las de ataque verdadero estaban mandadas por los Generales Rafael Cravioto: Doroteo León, Ramón Márquez Galindo, Francisco Carreón, Juan Crisóstomo Bonilla y Manuel Andrade Párraga; Coroneles Luis Mier y Terán y Vicente Acuña; Tenientes Coroneles Juan de la Luz Enríquez, Francisco Vázquez y Genaro Rodríguez y Mayores José Guillermo Carbó y Carlos Pacheco.

Cada columna tendría por término medio cosa de ciento treinta hombres.

El siguiente fragmento de la orden que se dió a media noche del 10 de Abril de 1867, demuestra a qué jefes se confió el mando de cada columna y qué punto debía asaltar cada una.

1a. Al General Cravioto asalto de la trinchera de la calle de la Alcantarilla.

2a. Al General Carreón asalto de las trincheras de las calles de Belem e Iglesias y la brecha abierta en la manzana de Malpica. El asalto lo encabezará con 100 hombres el Jefe

del Batallón de Zapadores, Teniente Coronel Don Genaro Rodríguez.

3a. A Don Vicente Acuña asalto de la formidable fortificación de Iglesias, quien lo llevará a efecto con ciento cincuenta hombres.

4a. Al Teniente Coronel Francisco Vázquez se le encomienda que penetre por una brecha abierta por la artillería republicana en la manzana de Malpica.

5a. A los CC. Coronel Luis Mier y Terán y Teniente Coronel Juan de la Luz Enríquez, se les previene que asalten personalmente las trincheras de las calles de Miradores.

6a. Al Teniente Coronel Guillermo Carbó que se posesionase del Noviciado.

7a. Al C. General Juan C. Bonillas se le confía la toma del parapeto del costado de San Agustín.

8a. A los jefes Luis Pérez Figueroa, Andrade, Doroteo León, Vázquez Aldana y otros, que concurren por la parte de Oriente sobre la calle del Deán.

9a. Al Mayor Carlos Pacheco el asalto de la calle de la Siempreviva.

10a. Al Coronel Manuel Santibáñez se le previene que en los momentos del asalto ocurra al Convento de San Agustín.

11a. El General Alatorre, con una columna de reserva del 3o. de Cazadores, ocurrirá a todos los lugares en que hubiere necesidad de su auxilio."

El total de mi artillería consistía en 18 bocas de fuego, de sitio, de batalla y de montaña; y aunque con riesgo, la establecí a menos de medio tiro de las trincheras que debía batir en brecha.

El enemigo había cometido la falta muy grave, de no cubrir la espalda de los defensores de sus trincheras, falta que yo me propuse aprovechar, haciendo que todo ataque sobre una trinchera tuviera uno correlativo sobre la opuesta, porque de ese modo todos los fuegos que pasaran por encima de la trinchera atacada herían por la espalda a los defensores de la opuesta; y esto, tratándose de un ataque dado en la noche, sugeriría evidentemente a los que se sentían heridos por la espalda, la idea de que el enemigo había logrado entrar y los atacaba a retaguardia.

Las tres columnas que debían hacer el ataque falso fueron colocadas cerca de la artillería, aprovechando accidentes que las ponían fuera del enfilamiento de los fuegos de respuesta.

Colocadas respectivamente las otras catorce columnas en el lugar de donde cada una debía emprender su asalto, hice poner un gran lienzo formado de piezas de manta colgadas a lo largo, de un alambre tendido de torre a torre de la Iglesia del Cerro de San Juan, y suspendidas hasta el suelo cuyo lienzo empapado en espíritu de resina debía ser encendido cuando yo lo ordenara, habiendo advertido antes a todos los jefes de columnas de asalto verdadero, que esa gran luz era la señal para iniciar el asalto.

Desde que la noche entró, había yo prohibido que se hiciera fuego en ninguno de los puntos de la línea, sino solamente en el caso de que el enemigo pretendiera salir.

Este silencio que pronto fué observado por el enemigo, y la circunstancia de que Márquez estaba a doce leguas a nuestra espalda, pues esa noche pernoctó en la Hacienda de Guadalupe, hacía creer al enemigo que esa misma noche nos retirábamos y que tal vez estábamos ejecutando la evacuación de todas las líneas.

Dispuesto todo así, me situé cerca de la Alameda Vieja en un punto desde donde podía ver la maniobra de algunas de las columnas de asalto verdadero y las de las tres que debían ejecutar el ataque falso.

Era tal mi escasez de municiones que en la noche, cuando ya estaba preparado el ataque, supliqué al General Don Diego Alvarez, que estaba bien provisto de ellas, me facilitara algunas y mandé recoger a la caballería que estaba formada fuera de la ciudad por el Sur y frente a los cerros, todas las municiones que tuvieran en cartucheras para dotar un poco mejor a las columnas de asalto, pues ninguna de ellas llegó a tener dos paradas completas; consolando a la caballería con la idea de que ella tenía para su defensa la lanza y el sable, y ordenando al General Toro que la mandaba, que aun cuando sintiera un ataque muy rudo en las calles de la ciudad, no abandonara su puesto mientras no se le ordenara ni intentara tomar parte en dicho ataque porque tenía noticia cierta de que el enemigo trataba de romper el sitio en esa noche, y yo estaba dispuesto a impedirlo, habiendo dado todas mis órdenes conducentes.

Mi objeto al dar esas órdenes fué lograr que por ningún motivo tomara parte la caballería en el asalto, porque entre sus individuos había mucha gente de malas costumbres que podría causar graves desórdenes en los momentos del

asalto y tal vez después. Así pues, cuando la caballería tuvo conocimiento del asalto de la plaza, ya estaba tomada.

Confieso que vacilé mucho en la conducta que debía yo seguir con motivo de la aproximación de Márquez. Salir a batirlo tenía el inconveniente de que al levantar el sitio se desmoronaría mi fuerza y dejaría enemigo a retaguardia, lo cual empeoraba grandemente mi situación. La retirada para Oaxaca equivalía a la destrucción completa de toda la gente, y los elementos de guerra, que con tanto esfuerzo había yo acumulado y que estaba seguro se desbandarían y perderían por completo aun antes de que nos persiguiera el enemigo. No me quedaba pues más alternativa que perder esos elementos en buena lid y en una empresa que si me daba buen éxito, me abriría las puertas de la capital y pondría término a la guerra. Me decidí por lo mismo a hacerlo así a pesar de la oposición que encontraba en algunos de mis amigos que me acompañaban, como Don Juan José Baz, quien desde el principio del sitio me urgía por que fuera yo primero a ayudar a la toma de Querétaro y marchar después sobre México y Puebla. Afortunadamente el éxito coronó mis esfuerzos.

LXXXI

ASALTO DE PUEBLA

2 de Abril de 1867

A las 3 menos 15 minutos de la mañana del 2 de Abril, rompí el fuego en brecha sobre las trincheras del Carmen y cuando estuvieron agotadas las municiones de artillería que no eran muchas, ordené el movimiento de la primera columna de ataque falso. Esta marchó vigorosamente sobre la trinchera del Carmen, siendo recibida desde que el enemigo pudo sentir su movimiento, con vivo fuego a metralla y retrocedió en desorden y con fuertes pérdidas, como unos cien metros antes de llegar a la trinchera, pues su ataque era largo y en llanura limpia. Destaqué inmediatamente a la segunda columna que llegó hasta la contraescarpa y fué también rechazada, y luego la tercera que avanzó algo más, pues no solamente llegó a la contraescarpa, sino que intentó pasar el foso y dejó algunos cadáveres dentro de él, y fué también rechazada.

En estos momentos, mediante un toque convenido de clarín, mandé encender el lienzo preparado entre las dos torres del cerro de San Juan, que significaba la orden de asalto general y que ninguno podía dejar de ver, puesto que estaba en la cúspide del mismo cerro.

El escrupuloso silencio en que habían permanecido toda la noche nuestras líneas de aproche, fué interrumpido por un fuego general, tanto de las columnas asaltantes, como de los defensores de las trincheras y de los coronamientos que el enemigo tenía en los edificios altos y balcones, que formaban una canal de

fuego por donde los asaltantes tenían que pasar antes de tocar una trinchera.

Yo había reunido un gran número de jefes y oficiales que sucesivamente se me habían ido presentando y que no teniendo servicio que darles los había armado y formado con ellos una legión de honor, pero a media noche de la víspera del ataque los dividí previamente en grupos de a cinco hombres, armados todos con mosquetes cortos y ordené a cada jefe de grupo que se posesionaran de las escaleras que había abandonadas en la parte de la ciudad que ocupábamos nosotros y que habían pertenecido al servicio del alumbrado público, para que en los momentos en que las columnas iniciaran sus respectivos ataques, estos grupos escalando los balcones de todas las manzanas que es tuvieran encerradas entre dos ataques y por las azoteas o por las horadaciones, vintieran a introducir el desorden entre los edificios de dichas manzanas que a la sazón debían estar preocupadas en las defensas de sus respectivas trincheras.

Distribuí otra parte de esa misma legión de honor, en grupos de cuatro personas cada uno, y designé a cada grupo una manzana para que colocado un oficial en cada esquina, por donde ya hubieran pasado las columnas de asalto, hicieran el servicio de policía para evitar los desmanes que la tropa vencedora intentara cometer en la ciudad. La señal para el movimiento de esos grupos, sería el paso de las columnas.

El fuego vivísimo de fusilería y de cañón no duraría en todo su vigor, arriba de diez minutos, y a los quince minutos ya no quedaban defendiéndose más que las torres de Catedral, y las alturas de San Agustín y del Carmen.

Las columnas rechazadas por el Carmen, volvieron de nuevo a la carga y penetraron por el mismo punto por donde habían sido rechazadas, cuando el ataque se hizo general en toda la ciudad.

Los cerros que no sólo no habían sufrido ataque alguno sino que habían sido reforzados con la mayor parte de los prófugos de la ciudad, hacían fuego de artillería muy vivo sobre toda ella; y principalmente sobre las calles por donde podían ver las masas de mis soldados, pues esto pasaba cuando ya la luz del día era clara.

El enemigo había tenido cuidado de situar sus trincheras al principio de cada calle, con objeto de que la continuación que le servía de campo de tiro fuera ocupada respectivamente por tiradores que metía por horadaciones de uno y otro lado

hasta la esquina en cada caso; por consiguiente, los asaltantes de cada trinchera tenían antes de tocarla, que penetrar por un canal de fuegos que despedían las ventanas bajas, las aspilleras, los balcones y las azoteas, más el fuego de artillería y de fusilería que a lo largo de la calle despedía la trinchera. En algunos casos esa canal de fuegos laterales era hasta de cien metros de largo.

En estas condiciones estaba la trinchera de la calle de la Siempreviva que tocó asaltar al Comandante Carlos Pacheco, quien peleó con gran brío. Al comenzar su asalto, lanzaban de las azoteas no solo granadas de mano y tiros de fusil, sino grandes granadas puesto que solamente tenían que encenderlas y dejarlas caer. Un casco de esas granadas hirió a Pacheco en una pierna, y sin embargo de que perdía también muchos hombres su columna, avanzó hasta la trinchera. Arrojadados allí los sacos de paja que traían muchos de los soldados con objeto de pasar los fosos, pudo pasar Pacheco uno de los primeros, y allí también fué herido en una mano. Siguió sin embargo, hasta la esquina de la plaza, y allí un tiro de metralla disparado del Atrio de Catedral puso fuera de combate a algunos soldados de su columna y a él le rompió el muslo izquierdo. En esos momentos uno de sus soldados lo tomó en brazos para pasarlo por un lugar menos enfilado por los fuegos del enemigo, y otro golpe de metralla le rompió el brazo derecho y los dos al soldado que lo conducía. Era el momento en que llegaban a la plaza como primeras columnas asaltantes la que mandaba el Coronel Luis Mier y Terán y la que mandaba el Teniente Coronel Juan de la Luz Enríquez, llegando sucesivamente todas las demás.

El Teniente Coronel Juan de la Luz Enríquez tuvo ocasión de proteger a los Tenientes Figueroa y Santiago Pou que se batían valientemente con una fuerza replegada en el Portal del Cazador, en donde fué gravemente herido y muerto poco después el Teniente Santiago Pou, de origen español.

Alargaría mucho esta relación si me detuviera a referir todos los actos de valor y de arrojo de mis subordinados en el asalto del 2 de Abril. Solamente diré que considero esta acción como una de las más importantes de las que sostuve durante la guerra de intervención.

Inserto en seguida el parte oficial que dí al Ministerio de Guerra, el mismo día del asalto y fragmentos de la carta que he citado antes que dirigí de Guadalupe Hidalgo el 8 de Mayo de

1867 a nuestro Ministro en Washington, y que contiene algunos detalles del asalto y toma de Puebla.

Ejército Republicano.—Línea de Oriente.—General en Jefe.—C. Ministro de la Guerra.—Acabamos de tomar por asalto la plaza, el Carmen y demás puntos fortificados que el enemigo tenía en esta ciudad quitándole un numeroso tren de artillería y un depósito abundante de parque. Don Mariano Trujeque, Don Febronio Quijano y otros veinte Jefes y oficiales traidores fueron hechos prisioneros y fusilados con arreglo a la ley.

Una parte de la guarnición enemiga se ha refugiado en los Cerros de Guadalupe y Loreto, en espera del auxilio que trae Don Leonardo Márquez, y éste, según los informes de mis exploradores, pernoctó ayer en San Nicolás con una División de tres o cuatro mil hombres y diez y ocho piezas de artillería. Aun no puedo decir a usted las operaciones que me propongo ejecutar, pero sí me creo en aptitud de asegurarle, que los cerros sucumbirán y Márquez será batido si no regresa luego que sepa el revés que sufrieron sus cómplices. En uno u otro caso, muy pronto estaré sobre el Valle para acudir en auxilio del Ejército del Norte o emprender sobre México, según mejor convenga.

Sírvase usted poner lo expuesto en el conocimiento del C. Presidente de la República, asegurándole de nuevo las seguridades de mi respeto

Independencia y República, Zaragoza, 2 de Abril de 1867.
—Porfirio Díaz.—C. Ministro de Guerra y Marina."

Nota.—(El asedio de la plaza duró en total veinticinco horas, y estuvo defendida por los Generales imperialistas Noriega y Hermenegildo Carrillo, que fué quien disparó los últimos tiros en la posición del Carmen. El General Carrillo, durante la administración del General Díaz, desempeñó el elevado puesto de Comandante Militar de la Plaza de México, hasta su muerte: era una persona de carácter sencillo, alegre y muy simpático).—Nota de G. V. R.

Guadalupe Hidalgo, (1) Mayo 3 de 1867.—Señor D. Matías Romero, etc., etc.—Washington.—Mi querido amigo: Cuan-

(1) Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera, 1860-1867.—Nota núm. 210. Vol. IX, pág. 487.

do estaba yo sitiando a Puebla, supe que Márquez marchaba a atacarme con 5,000 hombres sacados de la ciudad de México.

Debo confesar sencillamente que al principio dudé sobre qué camino debía yo tomar; si el de levantar el sitio y marchar a encontrar a Márquez, o esperar su llegada, o asaltar inmediatamente la ciudad.

Me decidí a lo último. El buen éxito favoreció el ímpetu de nuestras tropas, que sin la educación necesaria y movidas solamente por su gran valor, asaltaron las fortificaciones y tomaron las líneas de defensa con el mejor éxito a pesar del nutrido fuego de fusilería y de las granadas de mano que se nos arrojaban de los balcones y de las azoteas.

Cuando las trincheras habían sido tomadas, los defensores de las casas, temerosos de que fuesen cortados o se les atacase por la retaguardia, las abandonaron, cayendo prisioneros muchos de ellos.

Los cerros inmediatos estaban todavía en poder del enemigo, pero la guarnición que los defendía se rindió el día 4.

Porfirio Díaz.

LXXXII

CAPITULACION DE LOS CERROS DE
GUADALUPE Y LORETO

4 de Abril de 1867

Ocupada la ciudad de Puebla, me quedaban los cerros de Guadalupe y Loreto, que por espacio de dos o tres horas gastaron muchos proyectiles sobre nosotros.

Mi primer cuidado fué recoger toda la artillería que el enemigo había dejado en los puntos retrincherados de la plaza y comenzar a moverla hacia los cerros, con objeto de preparar un nuevo asalto iniciado con un cañoneo general y vigoroso.

El General Don Francisco Leyva que había sido llamado el 1.º de Abril con objeto de que tomara parte en el asalto no pudo estar a la hora citada porque era mucha la distancia, y yo no podía anticiparle más el aviso por temor de que se precipitara. Así, es, que llegó entre 9 y 10 de la mañana con mil caballos, mil infantes y dos obuses de montaña.

Una vez tomada la plaza casi no había un soldado de los que tomaron parte en el asalto que conservara un cartucho en su cartuchera, pero entre los distintos almacenes que tenía el enemigo, había en el Convento de Santa Inés una gran cantidad de municiones. De suerte que mandé municionar tanto a los asaltantes como a la fuerza que había quedado de reserva, cuyas cartucheras habían vaciado para mal surtir las de los primeros, y procedí al trabajo de incorporar en los batallones a los prisioneros de clase de tropa, asegurando con

venientemente a los jefes y oficiales. Distribuí el vestuario que el enemigo tenía en sus almacenes e hice todos los preparativos necesarios para pasar una revista de guerra el día siguiente.

En todo el día 3 estuve colocando baterías en obras pasajeras que tenían por objeto batir a los dos cerros. Como disponía de toda la artillería que el enemigo me había dejado, que era mucha, lo mismo que sus municiones, comprendía bien el enemigo los resultados del cañoneo con que yo iba a iniciarle mi ataque. Además, había visto llegar el día 2 a las nueve de la mañana al General Leyva con dos mil hombres de las tres armas, y sabía que aun en el caso de que llegara la columna de Márquez, su protección no sería del todo eficaz, pues también había podido medir el brío de las columnas que lo habían asaltado el día anterior. En consecuencia de esto, a las tres de la mañana del día cuatro se desprendió del cerro de Guadalupe un oficial con una linterna y un clarín que tocaba parlamento. Mandé que fuera respetado y conducido hasta el Cuartel General, con las precauciones prescritas para estos casos.

Como yo había impedido la comunicación entre los dos cerros, el de Loreto, a ejemplo del de Guadalupe mandó también un portaplegos, con objeto de pedir algunas garantías, mediante las cuales se rendirían sus defensores. Intencionalmente, ni volví al portaplegos, ni quise contestar a ninguno de los dos, y a las cinco de la mañana vino un segundo enviado del cerro de Guadalupe y en seguida otro de Loreto, reiterando las mismas peticiones.

Como eso era ya un síntoma muy avanzado de madurez, manifesté al segundo enviado del cerro de Loreto que fuera a decir a su Jefe que sólo esperaba la luz del día, que ya comenzaba a alumbrar, para iniciar mi ataque, y por esa circunstancia no le contestaba por escrito, porque eso me obligaría a perder algunos momentos que para mí eran preciosos. que dijera a su jefe que no tenían más remedio él y sus subordinados que rendirse a discreción: que si el jefe contestaba por la afirmativa subiera al plano de fuegos de la fortificación y parado allí abriera su capa con los brazos; que a esa señal, yo que quedaba parado al descubierto al pie de la colina, subiría o mandaría un comisionado que recibiera la fortaleza.

Quise proceder primero respecto del Fuerte de Loreto, sin tocar el de Guadalupe, porque éste, al ver que Loreto se

rendía se daría prisa por hacer otro tanto, y en efecto así pasó, pues al entrar el jefe comisionado que debía recibir los prisioneros y materiales de Loreto, salieron en persona del Fuerte de Guadalupe, los Generales Noriega y Tamariz que eran General en Jefe el primero y Cuartel Maestre el segundo de la plaza de Puebla.

Yo subí a recibirlos entre Loreto y Guadalupe, y como hablaban los dos simultáneamente arrebatándose la palabra, pregunté quién era el General en Jefe con quien debía entenderme. El General Tamariz me dijo que lo era el General Noriega. El General Noriega contestó que eso era exacto; pero que, habiéndose enfermado desde el día anterior, el mando había recaído desde entonces en Tamariz. Mandé en consecuencia que Noriega volviera a entrar a la fortaleza y quedara el General Tamariz hablando conmigo puesto que era el que ejercía el mando.

Después de algunas palabras en que Tamariz insistía en pedir garantías y habiéndole contestado que eso no era posible porque haría muy mal efecto al decoro de las fuerzas sitiadoras y principalmente a su Jefe; pero que podía volver a su fortaleza, seguro de que no se dispararía un tiro antes de que él entrara. Entonces Tamariz me ofreció su espada que no acepté, diciéndole que todavía tenía que ejecutar algunas providencias conducentes a su rendición incondicional; que se la cifera y volviera con ella a la fortaleza haciendo salir a todos sus soldados formados y sin armas, primero a la tropa y después a los jefes y oficiales. Mandé recibir a unos y otros y conducirlos a la ciudad a las respectivas prisiones que les señalé.

Al ver que los oficiales que salían no tenían equipajes, les dije que podían volver a su posición para tomarlos y salir con todo lo que les perteneciera, menos armas y caballos. Esto produjo un rayo de esperanza en el ánimo de los prisioneros, que se consideraban enteramente perdidos. Sin embargo, no pasó otro tanto con los Generales, que como era natural, consideraban más comprometida su situación.

Después de haber reconocido las dos fortalezas y dado las órdenes conducentes a la conservación y almacenaje de los materiales que contenían y cuando volví al Palacio Municipal, que había tomado por alojamiento desde el día del asalto, los Generales que estaban presos en un departamento del mismo Palacio, solicitaron hablarme y me suplicaron que les

permitiera la entrada de algunas personas de sus familias, con quienes deseaban comunicarse, así como la de sacerdotes católicos y notarios, porque tenían que hacer algunas disposiciones y me suplicaban les dijera de cuánto tiempo podían disponer para hacer sus arreglos. Les contesté que podían tranquilamente ejecutar cuanto quisieran, hasta las tres de la tarde. Cuando esto pasaba serían las ocho y media de la mañana.

Ordené en seguida que se les pusieran útiles de escribir, papel sellado de todas clases y que se les aumentaran algunas piezas más, para que pudieran separarse sucesivamente en compañía de los sacerdotes que concurrían a su llamamiento. Pasaron el tiempo hasta las tres de la tarde en confesarse y hacer sus disposiciones testamentarias, mientras yo me dedicaba a mis múltiples ocupaciones.

Como a las tres y media de la tarde fuí a decirles que tomaran sus sombreros y salieran conmigo. Los conduje personalmente y sin más escolta que mis ayudantes, al Palacio Episcopal, donde estaban todos los prisioneros de Coronel a Subteniente que serían como quinientos y donde estaban también los Obispos a quienes había notificado de prisión. Una vez estando allí y estando todos juntos, les manifesté que según las leyes vigentes todos estaban sujetos a la pena de muerte; pero que tratándose de un número tan grande, me parecía que el Gobierno, cuando tuviera conocimiento del caso, haría alguna gracia, y que para eso era necesario conservarlos en prisión muy rigurosa, y yo que acababa de sufrirla, sabía cuán penosa era, y quería evitarles ese sufrimiento si se comprometían bajo sus firmas a presentármese cuando yo los llamara por la prensa si así me lo exigía el Gobierno; que procedía yo así por el deseo de evitarles sufrimientos y por la gran confianza que tenía en la victoria de la República, aún en el caso de que ellos fueran desleales a sus compromisos. Todos contestaron conmovidos que se sometían y comenzaron a firmar el documento de compromiso que les hice leer en voz alta, saliendo en libertad según iban firmando.

El General Tamariz me manifestó siempre mucha gratitud por mi comportamiento con él, y cuando tenía yo que pasar por Puebla se esforzaba por demostrármelo.

En el siguiente parte oficial dí cuenta al Ministro de Guerra de la rendición de los cerros:

República Mexicana.—Línea de Oriente.—General en Jefe.—En la mañana de hoy se han rendido los dos fuertes de Loreto y Guadalupe sin condiciones de ninguna clase; con toda la artillería de su dotación, un gran repuesto de municiones y todas las armas que tenía su guarnición. Con la rendición de ambos fuertes, ha quedado completa la posesión de la plaza y terminada la campaña de este Estado.

Hallándome expedito para nuevas operaciones, hoy emprendo mi marcha sobre las fuerzas de don Leonardo Márquez, que según los partes recibidos, se halla a distancia de quince leguas de ésta.

Lo que tengo el honor de participar a usted para su conocimiento y el del Ciudadano Presidente por este nuevo triunfo obtenido sin derramar sangre.

Independencia y Libertad, Zaragoza, abril 4 de 1867.—Porfirio Díaz.—C. Ministro de Guerra y Marina.

La orden de poner en libertad a los prisioneros de los cerros, la hice extensiva el mismo día 4 a todos los que conservaba de las batallas de Miahuatlán, La Carbonera, toma de Oaxaca y asalto de Puebla. Inserto en seguida la orden que expedí con ese objeto:

Ejército Republicano.—Línea de Oriente.—General en Jefe.—En uso de las facultades de que me hallo investido por el Presidente de la República, he tenido a bien disponer: que los prisioneros hechos por el Ejército de Oriente en la batalla de Miahuatlán y La Carbonera, en la ocupación de la ciudad de Oaxaca, en el asalto de esta plaza y en la rendición de los Fuertes de Guadalupe y Loreto, queden en libertad de residir en el país o en el lugar que elijan, permaneciendo por ahora, bajo la vigilancia de la autoridad local y a disposición del Supremo Gobierno.

Los extranjeros que quieran residir en el país, quedan sujetos a las mismas condiciones, y los que deseen salir de la República podrán hacerlo libremente.

Sírvase usted librar sus órdenes en este sentido, aceptando las protestas de mi estimación y respeto.

Independencia y Reforma, Zaragoza, abril 4 de 1867.—(Firmado) Porfirio Díaz.—Ciudadano Comandante Militar del Estado de.....